

D. José Antonio Alzate

Un prócer de Nueva España, miembro de la Real Sociedad Bascongada en el siglo XVIII

*Por ROBERTO MORENO
de la Academia Mexicana de la Historia.*

Un Eclesiástico criollo frente al Estado Borbón*

Don José Antonio de Alzate y Ramírez Cantillana nació en Ozumba el 22 de noviembre de 1737, cuando gobernaba tórpemente la Nueva España el arzobispo-*virrey* Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta y regía su imperio, con ya débil mano, el rey Felipe V. Santa María de Ozumba era un pueblo de cierta importancia en el siglo XVIII, que dependía de la jurisdicción de Chalco. La riqueza agrícola de la zona, auténtico granero de la ciudad de México, había atraído a la familia Ramírez a radicarse allí desde el siglo XVI. De esta vieja estirpe criolla, cuya cumbre femenina encarnó en sor Juana, provenía directamente la madre de Alzate, doña Josefa Ramírez Cantillana. El padre de nuestro personaje, en cambio era español. Se llamaba Juan Felipe de Alzate y había nacido en las Vascongadas. Llegado desde joven a la Nueva España en busca de fortuna, la encontró al enamorar a la criollita, con cuya dote pudo arrendar una hacienda agrícola, comprar una casa de campo en San Antonio de las Huertas y establecerse definitivamente en México, con floreciente negocio de panadería en una magnífica casa frente a la estampa del Amor de Dios, lo que nos permite considerarlo un hombre rico, muy al contrario de lo que han dicho ciertos biógrafos de Alzate, picados de romanticismo.

(*) Para conocimiento de nuestros lectores reproducimos el discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Historia de D. Roberto Moreno, editado con el título "Un eclesiástico criollo frente al Estado Borbón" (México, Universidad Autónoma de México, 1980, al que contestó el historiador D. Edmundo O'Gorman. Omitimos las palabras de saludo protocolario y de elogio al académico a quien sucedía. El autor accedió gustoso a la difusión de este texto en nuestra revista, a instancias de D. J. Ignacio Tellechea Idígoras.

Quisiera poder decir que el año del nacimiento de Alzate se significó por algún fasto o acontecimiento señaladísimo, pero, a la verdad, 1737 no tuvo nada de especial. A lo sumo, puede recordarse que el desequilibrio europeo se encontraba en fase no armada aunque muy inestable por las ambiciones maternales de Isabel de Farnesio, que recién había logrado poner a su primogénito Carlos —el futuro Carlos III de España— en el trono de las Dos Sicilias. Firmado ese año, un Concordato entre el Rey y el Papa empezaba a poner en relieve el futuro que esperaba a la Iglesia española, cada vez más restringida en sus poderes en beneficio de las regalías de su majestad. Aquella Concordia, que no tuvo efecto visible —sino quizá el de radicalizar a los partidarios del progreso—, anunciaba la discordia de los años posteriores. En cuanto al virreinato de la Nueva España, se encontraba en su apogeo la terrible epidemia del metlalzahuatl; y, por haber sido escudo contra ella, la ciudad de México estaba a punto de entronizar y hacer general el culto de la Virgen de Guadalupe, para lo que se contaría con el respaldo entusiasta del recién llegado —de contrabando— caballero Boturini; quien a la vez iniciaría, con la recopilación de papeles y añalejos de los indios, la corriente ilustrada y nacionalista de la historia prehispánica.

La primera infancia de Alzate transcurrió apaciblemente, en contacto estrecho con los indios labradores de la provincia de Chalco. Sus padres, trasladados ya a la ciudad de México a su casa “de trato de panadería”, tuvieron que rendirse a la triste evidencia de que tenían un hijo de “genio retirado”, inclinado a los estudios y a la carrera sacerdotal, según reconocieron en el documento para instituir una capellanía que le serviría para ordenarse. Estudió el joven Alzate la filosofía en el colegio jesuita de San Ildefonso y, por el mal recuerdo de la enseñanza peripatética que refiere años después, es posible que el acartonamiento escolástico de sus maestros jesuitas lo haya inclinado —por rechazo— a las ciencias exactas y naturales. Es el caso que en 1753, a los quince años de su edad, recibió Alzate el grado de bachiller en Artes por la Real y Pontificia Universidad de México. Gobernaba en ese año la Nueva España, con notorio incremento de la riqueza de la Real Hacienda y de sus propios bolsillos, Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, primer conde de Revillagigedo. Administraba la arquidiócesis de México el tibio arzobispo Rubio y Salinas y estaba a punto de recibir la real orden de ese año para la secularización de los curatos de indios, que fue la primera manifestación en la Nueva España del Concordato que el pacifista Fernando VI había logrado arrancar de los Estados Pontificios. Sanción definitiva ésta última del regalismo de los borbones, que regiría, con la complacencia de muchos prelados, las relaciones entre la Iglesia y el Estado durante el resto del período colonial.

Por “cuatro y medio años”, según él mismo refiere, fue Alzate colegial

en San Ildefonso, hasta que, en 1756, obtuvo el grado de bachiller en teología. En los años siguientes, se consagró a los estudios que lo harían sacerdote. En 1758 se presentó ante notario el panadero vasco don Juan Felipe a gravar sus casas de la ciudad de México para "instituir y fundar una capellanía... a cuyo título pueda ordenarse el Br. D. José Antonio de Alzate". Con tal ayuda pudo el joven bachiller, previas informaciones para probar que era "persona de ajustada vida y correspondientes operaciones, honesto, virtuoso, recogido y estudioso", recibir su primera tonsura en 1760. Para entonces ya gobernaba España Carlos III, caso desusual de rey que llegaba al trono con experiencia gubernativa anterior, y se proponía reformar cuan profundamente pudiera a la metrópoli y sus Indias. Vicerregía la Nueva España desde este año de 1769 el débil, conflictivo y poco escrupuloso marqués de Cruillas.

Los siguientes seis años de la vida de Alzate, esto es de 1761 a 1766, me son enteramente desconocidos. Sólo sé que por esos años se incorporó al arzobispado de México con el carácter de presbítero domiciliario. Sé, también, que dedicó ese tiempo a los estudios de las ciencias. Pero este paréntesis, forzado por la carencia de datos, me va a permitir explicarles algo del carácter de mi personaje, a fin de que se entienda bien su actuación posterior.

Como no hay ningún retrato auténtico suyo no podré decir nada sobre su aspecto físico. Sobre su temperamento, vale la pena destacar algunos rasgos. Era un individuo extraordinariamente trabajador y dedicado. Su trato debe haber sido difícil porque tenía marcadas tendencias a la acritud, incrementadas hacia su vejez por las razones que adelante se verán. Mostró muy a las claras ser retraído y enormemente vengativo. Era —y quién no— vanidoso, orgulloso y quisquilloso. Era, por lo mismo, fuertemente combativo y violento. Era en ocasiones, pero siempre por conciencia, de tan impetuoso, imprudente. Era un hombre poseído de tanto amor, que supo entregarse apasionada, devota y enteramente.

Pero ¿a qué se entregaba —me preguntarán— este hombre de tan escasas virtudes y tan grandes defectos? A la observación, estudios y experimentos, puedo replicar. Lo importante sin embargo, es el fin que tenían estas actividades. ¿A qué fin, pues, quiso Alzate desvelarse en los estudios, ponerse en peligro en observaciones y experimentos, padecer grandes fatigas en excursiones interminables, pelear sin cansancio y agotar hasta el último tomo su no escaso patrimonio? A servir sin desmayo al bien público, a la utilidad común, a la nación, a la patria, según él mismo reiteró hasta la náusea en sus escritos y mostró con abundancia en sus trabajos. Diré, en suma y aunque les revele el final, que la clave de la vida de Alzate está en su amorosa entrega a su sociedad en su tiempo.

De su enorme curiosidad y rara inventiva dan abundante prueba algunas de sus ocurrencias, de que quiero dar ejemplo. Ha de considerársele el inventor del jabón de aceite de coco, que pudo ser un buen negocio de Alzate si no hubiera topado con los intereses de los tocineros de la ciudad de México. Propuso, en otra ocasión, que se hicieran cuidadosas observaciones y experimentos para averiguar cómo podía una mosquita de las lagunas penetrar en el agua envuelta en una burbuja de aire, a fin de usar el principio con seres humanos. Se adelantó a la ciencia europea de su tiempo al llamar la atención sobre la posibilidad de que las manchas solares tuvieran relación con los ciclos agrícolas. En unas observaciones sobre las virtudes cauterizantes de la "yerba del pollo", experimentadas a costa de alas y patas de plumíferos vivos, mostró unas preocupaciones similares a las de Lamarck y Erasmus Darwin, cuando escribía: "hago esta reflexión: en quitando las alas a una gallina y un gallo, y a los descendientes de éstos se ejecutase la misma operación ¿se conseguiría una especie de aves sin alas?", pensamiento ocasional que Alzate mismo calificó de "vagas ideas, acaso dimanadas de un cerebro preocupado". Otra de éstas, en el mismo documento, arrancó del científico la siguiente exclamación: "¡Hechos, más hechos y la crítica observadora decidirán lo que yo no me atrevo a proferir!".

Un ejemplo más, que a mí me encanta. En su célebre *Memoria* sobre la grana cochinilla refiere haber oído que del excremento de las gallinas que hubieran comido grana se obtenía un "carmín finísimo". Alzate lo cree por haber observado excrementos de pájaros que habían comido tuna roja, y aunque no sabe si estos últimos serían de utilidad para producir tintes, escribe que "es digno de verificarse, pues para un físico (quien lo es verdadero, lo es amante a la patria y reduce sus anhelos a la comodidad pública, a pesar de los sinsabores que se pueden ofrecer) no hay cosa, por fútil que parezca, que no indague y que no procure verificar". Así era Alzate, y creo que basta de ejemplos.

¿Tenía este señor tan extravagante verdadera vocación eclesiástica? Yo siempre he pensado que no. Desde luego convenía a su genio retirado, a su posible misoginia y a su ánimo estudioso, a más de que representaba una forma segura de tener pitanza y protección en la sociedad colonial. No quiero decir con esto, ni por asomo, que Alzate no fuera un convencido y buen católico, sino simplemente que no era un místico. Veamos, de cualquier manera, el papel de Alzate ante la Iglesia de su tiempo. Empezaré por recordarles que entre 1760, que obtuvo su presbiterado, y 1799, año de la muerte de Alzate, rigieron la arquidiócesis de México tres preladados: Manuel Rubio y Salinas hasta 1765, en que fue sustituido por Francisco Antonio Lorenzana, quien gobernó de 1765 a 1772, y Alonso Núñez de Haro, arzobispo que fue de 1772 hasta el fin del siglo. De las relaciones de Alzate con Rubio y Salinas no sa-

bemos nada. Era entonces nuestro personaje un joven sacerdote entregado al estudio y no era el arzobispo hombre ni de acción ni aficionado a las bellas letras.

El gran momento de Alzate en el arzobispado de México coincide, como ya imaginarán, con el gobierno de Lorenzana. Fue este prelado un hombre brillante y activo, reformador, ilustrado y ejemplo el más representativo del regalismo del clero secular español. Como no podía ser menos, tuvo Lorenzana que fijar su atención en el joven Alzate para incorporarlo a sus proyectos. Pero no se trataba, en lo absoluto, de emplearlo como teólogo, que los había muchos y mejores en el virreinato. Alzate, por ejemplo, no participó en las sesiones del IV Concilio Provincial Mexicano de 1771. En cambio, elaboró para Lorenzana mapas, un atlas, dictámenes y la gran obra de la nueva distribución de territorios parroquiales de la ciudad de México.

Muy otro es el caso con el arzobispo Alonso Núñez de Haro, bien conocido por su apacibilidad o franca apatía. No obstante los muchos títulos que se le atribuyen en los retratos, sin embargo de su supuesto dominio de muchas lenguas, a pesar de sus borlas y su fama de orador, Núñez de Haro no era para nada un activo ilustrado. Buen pastor, pero a muchas leguas de distancia de Lorenzana. Por ello, Alzate no siguió la misma línea. Aceptó de su nuevo prelado un cargo como traductor de letras apostólicas en el arzobispado y para lo sucesivo, esto es, entre 1772 y 1799, se limitó a ser un cumplido burócrata. La Iglesia colonial, en manos de un prelado tan gris y longevo como Alonso Núñez de Haro y Peralta, dejó de interesar al sabio criollo.

No quedaba, pues, a Don José Antonio de Alzate otro camino para satisfacer su amor por el bien público que relacionarse con el Estado, en lo que se percibían grandes perspectivas, por tratarse del reformador Estado colonial borbón. En las relaciones de Alzate con el Estado veo tres etapas bien definidas que se podrían llamar, para explicarlas: *el aprendizaje, la prudencia y la soberbia*. Corresponden a la primera los períodos virreinales del marqués de Croix y del bailío Bucareli. Tocan a la segunda los efímeros virreinos e interregnos que van de Mayorga a Flores. La soberbia abarca el período del segundo conde Revillagigedo. El castigo remata el ciclo.

* * *

Para Alzate el aprendizaje se inicia el ominoso año de 1767. Gobernaba con férrea energía el virreinato el insensible y leal marqués de Croix, enteramente dedicado a facilitar sus trabajos tanto el visitador José de Gálvez, comisionado para reformar todo el sistema administrativo, como al marqués de la Torre, encargado de crear el ejército de la Nueva España, mano armada del

Estado borbón para garantizar la seguridad externa y el orden interno que permitieran las reformas. En ese mismo año, la expulsión de los jesuitas y la sangrienta represión posterior habían puesto en claro que el regalismo borbón no paraba mientes para adoptar medidas violentas si lo juzgaba necesario. Se iniciaba una nueva era, la de las reformas, cuya consecuencia fue la crisis del dominio colonial.

Pues bien, los primeros tratos de Alzate con el poder no fueron con la administración central, sino con la oligarquía local que controlaba el Ayuntamiento de México. En estos tratos nuestro personaje aprendió lo que es la cortés indiferencia de los poderosos. Con fecha 26 de julio de 1767 ocurrió Alzate ante el Cabildo con un *Proyecto para desaguar la laguna de Tezcuco*. El Cabildo de dos días después acordó: "se le den ínterin las gracias por su celo y pase al señor procurador general". Aquí termina el expediente. No curó Alzate del fracaso, y se lanzó al año siguiente con una nueva propuesta. El Cabildo del 29 de abril de 1768 recibió una memoria sobre el cultivo del cacao, entregada por Alzate "en orden al beneficio público". Los señores regidores debatieron qué hacer con ella y adoptaron al fin la propuesta del señor Castañeda, a saber, que se lo felicitara y alentara en sus tareas y que la *Memoria* la publicara en el *Diario literario de México* que editaba por entonces. Así ocurrió.

Después de un golpe, de que adelante haré relación, Alzate se aproximó por tercera vez al Ayuntamiento, el que se limitó en diciembre de 1768, a recibir una nueva memoria, esta vez con la sensata y recomendable idea de que se hicieran de madera las cañerías del abasto de agua de la ciudad, proponiendo e ilustrando el método. Tampoco esta vez se hizo caso de la propuesta. En cambio, en 1769, por no quedarse atrás y motejado de ignorante con motivo de la universal observación del tránsito de Venus por el disco del sol, el Ayuntamiento encomendó a Bartolache y a Alzate que la efectuasen en las casas consistoriales. Este hecho quedó referido en una lámina impresa.

Pero volvamos a 1768, para ver el primer encuentro de nuestro presbítero con el poder central. En marzo apareció a luz el primer número del *Diario literario de México*, cuyo subtítulo reza: "dispuesto para la utilidad pública, a quien se dedica". En el prólogo declaraba formalmente: "Por lo que toca a las materias de Estado, desde ahora para siempre protesto un silencio profundo, considerando el que los superiores no pueden ser corregidos por personas particulares". Todo iba bien, cuando tuvo la malhadada ocurrencia de publicarle a algún amigo, en el número 8, una carta sobre la reforma del teatro en España. Posiblemente por la acusación de que en la metrópoli estaba el teatro más atrasado que en el resto del mundo, o por una ambigua frase sobre el francés

que pudo irritar a Croix, o por éstas y otras causas juntas, el virrey dispuso la suspensión del periódico. El decreto ordena que no se continúe “por justos motivos” y prohíbe expresamente el número 8 por contener “proposiciones ofensivas y poco decorosas a la ley y a la nación”. Alzate no intentó protestar. Se limitó a escuchar y obedecer, pues para eso, según Croix, se había nacido. Hasta aquí lo que se sabe del misterioso caso.

No podía Alzate contener su afán de servicio, pese a los riesgos, porque como dijo Valdés en su elogio: “lejos de amilanarse cuando no correspondían los éxitos a sus deseos, si veía se le frustraba una tentativa, emprendía otra de la misma o de distinta clase”. Por ello, cuando en 1771 Croix fue sustituido por Bucareli, Alzate vio la oportunidad de satisfacer su vocación de periodista. Bucareli era todo lo contrario del virrey francés. Prudente, cuidadoso, recio a los cambios. Solamente se equiparaban en su fidelidad al monarca.

Con fecha 26 de octubre de 1772, y al relativo amparo de una dedicatoria al rey Carlos III, se lanzó Alzate a la edición de los *Asuntos varios sobre ciencias y artes*. Esta vez la cosa parecía marchar sobre ruedas. Incluso recibió sugerencias del secretario del virreinato, Melchor de Peramás; pero al publicar el número 13, en enero de 1773, Bucareli, por razones que ignoro y no constan en los expedientes que he revisado, ordenó la suspensión del periódico. El hecho sólo lo refieren el propio Alzate en 1790, sin comentario alguno, y su biógrafo Valdés.

El aprendizaje continuaba. Bucareli no le tenía animadversión; simplemente era que algo del periódico no le había parecido conveniente. La muestra lo da que un año más tarde el reformador fiscal José Antonio de Areche le pidió un ensayo sobre la grana cochinilla, que Alzate escribió y le dedicó en lo privado. Bucareli supo del ensayo, y como por entonces el gobierno se preocupaba por el comercio de la grana, encomendó a Alzate —sin salario alguno, claro— que preparara una memoria más extensa. Cuatro años tomó a su autor este trabajo, aunque realizó otros, que también propuso al gobierno, pero no referiré aquí. Esta vez el Estado fue generoso con Alzate: Peramás permitió que el presbítero mandara construir bajo su vista el microscopio que serviría para las observaciones e incluso que lo conservara mientras las efectuaba, aunque después se quedó con el aparato; el conde de Tepa le prestó algunos manuscritos y le permitió generosamente consultar su biblioteca; Bucareli simplemente lo alentó. La memoria fue concluida en 1777 y enviada a la metrópoli en un ejemplar de lujo, con dedicatoria de Alzate al rey y carta elogiosísima de Bucareli. Las recomendaciones de Bucareli condujeron a una real cédula al virrey por la que S.M. “se ha servido resolver que en su real nombre dé V.E. las gracias al autor, cuyo mérito mandó recomendarse a la Cá-

mara... para que lo consulte en prebendas de las iglesias de ese reino". No estaba nada mal la respuesta, aunque ya sabemos que Alzate no se sentía llamado a la carrera eclesiástica, por lo que nunca optó por la prebenda. Aquí nuestro autor aprendió que a cambio de los trabajos que hacía a favor del Estado, debía pedir exactamente lo que quería.

Alentado, quizá, por el cariz que tomaban las cosas, se lanzó el inquieto sabio a otra empresa. Como motivo de un viaje a Cuernavaca exploró, en diciembre de 1777, las ruinas de Xochicalco. Escribió una preciosa memoria ilustrada con incomprensibles láminas, que pasó al virrey Bucareli, con una dedicatoria en que le decía varias lindenzas sobre su gobierno. Es evidente que Alzate quería que se la publicaran. Lo que aún no había aprendido es que debía cuidarse de no decir imprudencias. Para su infausta suerte, en el entusiasmo por el elogio de los indios mexicanos, se le escapó la siguiente reflexión entre otras del mismo porte:

Los mexicanos son bárbaros porque hacían sacrificios de sangre humana: ¿y qué hacen todas las naciones? ¿no arcabucean a un hombre tan solamente porque ha desertado? ¿no pasan a degüello a un vecindario entero, a una guarnición de plaza? Algunos soberanos de Europa ¿no sacrifican a sus vasallos por un motivo tan ligero como es el de recibir cierta cantidad de dinero? etcétera; pues si todo esto se hace en virtud de la legislación y no es barbaridad ¿por qué lo ha de ser respecto de los mexicanos, cuando sus leyes así lo preceptuaban? Lo mismo es que un hombre muera con el pecho abierto a manos de un falso sacerdote, como que muera por un balazo o al filo de la espada.

Mis escuchas comprederán que no era lo mismo a los ojos del virrey, por lo cual se le impidió la publicación de frases tan peligrosas. En el ejemplar de Alzate, puso el presbítero de su puño la siguiente frase: "esta que es una reflexión filosófica llena de humanidad, se juzga reprehensible".

Ya dije que no era que Bucareli quisiera mal a nuestro Alzate. Por ello todavía en 1778 lo nombró para otra comisión. Con el motivo de una próxima guerra con Inglaterra, se preocupó el ministro Gálvez de cambiar de política para el abasto del azogue necesario a las minas, y ante el temor de que un bloqueo impidiera su surtimiento, envió a un tal Rafael Helling, experto de Almadén, con un grupo a buscar azogue en el virreinato, para explotarlo a cuenta de la Real Hacienda. Como Alzate supo de esto, se adelantó a la misión de Almadén con ciertas memorias que, conocidas por Helling, hicieron que se lo propusiera como acompañante de la comisión. Bucareli accedió y le asignó ocho pesos diarios y ayuda de costa mientras durasen los viajes de exploración. Éstos se iniciaron, pero entratanto murió Bucareli en 1779.

Hasta aquí el aprendizaje. ¿Qué aprendió el ya no tan joven bachiller Alzate en éstos sus primeros años de relaciones con el Estado y sus representantes? Pocas cosas, a la verdad, pero esenciales. Primero, que las autoridades acostumbran ser totalmente indiferentes a las propuestas de mejora que no salgan de ellas mismas. Segundo, que los intelectuales pueden servir para dar lustre al Estado y aun se les contrata cuando sus conocimientos son de utilidad. Tercero, que en los golpes que da de vez en cuando el Estado, suele no haber animosidad. Cuarto, que mientras se está en gracia hay que pedir lo que se quiere. Pero, quinto, y más importante, que si se pretende guardar sana la pelleja, hay que manejarse con extraordinaria prudencia.

* * *

Diez años pasó Alzate en la prudencia. Son los años finales del reinado de Carlos III. Se sucedieron en ellos varios virreyes; el endeble Mayorga; el anciano y enfermo Matías de Gálvez, el joven y enfermo Bernardo de Gálvez, el apacible y sanísimo arzobispo Núñez de Haro, y el gris "científico" Antonio Flores (peor, se dijo entonces, que sus antecesores). A retazos, pues, se fueron cumpliendo los propósitos reformadores del verdadero gobernante en esos tiempos, don José de Gálvez, marqués de la Sonora, ministro de Indias y presidente de su Consejo.

En ese lapso sirvió Alzate, casi sin excepción, a los funcionarios más altos del Estado. Haré un somero relato de estos trabajos. La comisión para la búsqueda del azogue entretuvo a Alzate en varios infructuosos viajes, en escribir los informes y en preparar un bonito mapa con la demarcación de las minas exploradas. Fracasado el intento, y maliciándose Alzate futuros problemas con el indignado Tribunal de Minería, que cargaba con los salarios de los comisionados, tuvo el buen tino de presentar su renuncia al virrey Mayorga con fecha 2 de enero de 1780. Esto le permitió salir mejor librado que el resto de los fracasados expertos.

A finales de 1779, y ante los mismos temores que ya referí, de la próxima contienda con Inglaterra, el ministro José de Gálvez dejó que le tomara el pelo un francés llamado Salvador Dampier, quien dijo poseer un secreto para afinar mejor los salitres para fabricar pólvora. Pedía cuarenta mil pesos por la revelación, pero el ministro resolvió enviarlo a la Nueva España a hacer la prueba. El enorme expediente es divertidísimo y muy aleccionador. Es el caso que, después de muchos forcejeos para que soltara de una buena vez el mentado secreto, se hartó el ilustrado fiscal don Ramón de Posada y pidió al virrey que nombrara a Alzate para descubrir la verdad. Como ya imaginarán, no había tal secreto, y consta de diligencias que puestos ambos, Alzate y Dam-

pier, cada cual a refinar su propio salitre, el francés observó por encima del hombro las operaciones del presbítero y sólo así pudo salir del atolladero. Posada se lo escribió a Gálvez y éste contestó que Alzate sería atendido oportunamente. En 1790 el sabio se quejaba al rey de que la oportunidad "no ha llegado todavía". Quizá les interese saber que, por su parte, el francés se marchó de la Nueva España tan rico como quejoso de su suerte.

Otra pequeña comisión le fue encargada a Alzate, esta vez por el virrey Matías de Gálvez. Se trataba de cumplir una real orden de 1783 para buscar noticias sobre el presidio de Panzacola. Alzate rindió un informe y entregó el mapa de Sigüenza. Similar petición le hizo el virrey Bernardo de Gálvez para buscar los manuscritos del protomédico Francisco Hernández en 1786. El informe del sabio criollo se conoce y ha sido publicado: no encontró nada de Hernández, pero dio noticia de otros manuscritos. El Estado español se interesó por el informe de Alzate, pero demasiado tarde, aproximadamente tres años después de su muerte, casi veinte más tarde que su informe.

Tuvo por estos años nuevos tratos con el Ayuntamiento de México. En 1785 propuso al superior gobierno un proyecto para construir un canal de México a Totolcingo. No es que hiciera falta un canal, pero era la moda en toda Europa. Trasladado el expediente al superintendente del desagüe, opinó éste que implicaba riesgo de inundación de la ciudad. Con tal parecer, se trasladó al Ayuntamiento, donde duerme hasta hoy. Duerme igualmente la petición que hizo Alzate en 1786 de que se le arrendasen unos terrenos en el cerro del Peñol para explotar por su cuenta la corteza de cal que había descubierto. Consta ahí también que poco después, pero ese mismo año, protestó Alzate porque un nuevo arrendatario de esos terrenos empezó a explotar la cal que él había revelado.

Pero no todo era malo. Tuvo Alzate un momento brillante con motivo de la famosa escasez y hambruna de 1785-1786. En unas juntas convocadas por Bernardo de Gálvez, nuestro personaje hizo propuestas que fueron aceptadas, como la de que se hicieran siembras extemporáneas. Escribió también, y publicó por su cuenta, previa elogiosa licencia del virrey, unos *Consejos útiles para socorrer a la necesidad y la Continuación* de los mismos, textos muy celebrados por sus contemporáneos. Lo único raro es que los documentos oficiales sobre el caso, publicados por Chávez Orozco, tienen una peculiaridad ya notada por este autor: no se menciona para nada la intervención de Alzate.

Con motivo de que el inventor Alonso González propuso una máquina para cernir tabaco, cuya utilidad fue muy disputada, una real orden al conde de Gálvez le pidió se saliera de dudas. Nuevamente el fiscal Posada propuso a Alzate para realizar experimentos, esta vez acompañado de don Joaquín Ve-

lázquez de León. Las comprobaciones fueron largas y penosas. Por la muerte de Velázquez tuvo Alzate que continuarlas hasta rendir un informe favorable él solo. Como es obvio, no se pagó al sabio ni el gasto del amanuense.

Alzate ya había aprendido a pedir, por lo que en 1786 presentó un ocurso a Bernardo de Gálvez para solicitar el nombramiento de director del Tribunal de Minería. El virrey contestó que ya determinaría el rey, aunque tengo la impresión de que ni siquiera corrió traslado a España, donde consta, en cambio, su apoyo al español Bataller. Es bien sabido de todos que el rey, en franca contravención de las *Ordenanzas* de 1783, nombró al científico español Fausto de Elhuyar.

Entre 1784 y 1787 satisfizo sus impulsos de periodista gracias al cobijo que le brindó Valdés en su *Gaceta de México*. Pero a partir de marzo de 1787 inició sus *Observaciones sobre la física, historia natural y artes útiles*, cuando gobernaba la Nueva España su prelado. A mediados del año fue sustituido éste por Antonio Flores, de quien se dice que gustaba de rodearse de científicos, hecho que no pongo en duda, pero del que no le redundó beneficio concreto a nuestro Alzate. Y hasta aquí la prudencia.

* * *

Yo no puedo culpar a Alzate de haber caído en la soberbia. Cuando se inició el gobierno del segundo Revillagigedo en 1789, contaba el presbítero con 53 años de edad; era un hombre de amplia sabiduría; gozaba del reconocimiento de sus contemporáneos; había sido nombrado corresponsal de la Academia de las Ciencias de París (desde muy joven), del Jardín Botánico de Madrid y de la Sociedad Vascongada; tenía tras de sí una larga carrera de servicio al Estado; se le había ofrecido una prebenda y que se le atendería en su oportunidad; disfrutaba de un trabajo seguro y tranquilo que, además le daba la inmunidad —ya muy vapuleada— de los eclesiásticos; acababa, para colmo, de recibir una bonita herencia, con la que inició su gran obra: la *Gaceta de literatura de México* y, por último, habían desaparecido ya el ministro Gálvez y el rey Carlos III, que tan indiferentes se habían mostrado al mérito del eclesiástico novohispano. Un nuevo rey, a quien no se conocía, daba trazas de estimular los estudios de los ilustrados. Un nuevo virrey, criollo por añadidura, mostraba una inhumana energía en atender todo y se había rodeado de funcionarios destacados, con lo que pretendería cambiar la apática situación de la Nueva España. Alentadores signos que fomentaron la soberbia.

Por otra parte, Alzate era un individuo que no se limitaba a escribir lo que iba a publicar. En una colección de papeles donde podía tener escritos suyos reservados, iba dejando testimonios —no sé desde qué año— de su oposi-

ción a ciertas medidas que adoptaba el gobierno. Son textos expresamente pensados para el futuro: razonados, enérgicos, fundamentados. Son prueba de prudencia, aunque se pueda pensar que alguno circuló —a manera de libelo opositor— en tertulias de aquel tiempo. El primero de estos escritos reservados de Alzate con críticas al gobierno de Revillagigedo es de finales de 1789 o principios de 1790. Se trata de un violento escrito contra los panaderos, que para aquel tiempo, amparados en una legislación aparentemente correcta, explotaban al público. La denuncia va enderezada contra el protegido del virrey, el intendente corregidor Bernardo de Bonavía y Zapata, a quien aquél trataba “con intimidación desde bien joven”, como presidente que era de la que el presbítero llamó la “infidel ejecutoria”.

Su primer trato con el nuevo virrey se dio porque a principios de mayo de 1789, Alzate había remitido al botánico Gómez Ortega muestras de una pretendida seda silvestre que abundaba en la Nueva España. Enterado el rey, ordenó a Revillagigedo, a sugerencia del científico español, que pidiera una memoria y una muestra del tejido al estudioso presbítero. El virrey trasladó la orden el 1º de diciembre de 1789. Diez días después, en uno de sus habituales rasgos de carácter, le envió a Alzate un oficio escueto e imperativo para recordarle el cumplimiento de la petición real. El pobre de Alzate tuvo que darse prisa y logró entregar su texto un mes después. Revillagigedo le dio las gracias y remitió la memoria a España.

Seguramente entusiasmado por el repentino interés del rey por sus trabajos, se atrevió Alzate a pedir algo que le pareció justamente le correspondía. En junio de 1790 solicitó ser nombrado cronista real en la Nueva España para el principal fin de escribir una geografía “de este vasto continente”. Anexaba la relación de sus méritos y recordaba que se le habían dado repetidamente las reales gracias. Revillagigedo remitió a España la solicitud con una carta muy elogiosa para apoyarla.

Adelantándome un poco en tiempo, les referiré los resultados de este asunto. El encargado de la mesa puso una nota señalando que los méritos de Alzate no constaban en la secretaría, salvo el expediente de la grana que condujo a la oferta de prebenda. Se decidió pedir su opinión sobre el caso al cronista Juan Bautista Muñoz. El dictamen de este ilustrado es muy breve. Les leeré la parte inicial: “Son ciertos los méritos que expone Alzate, públicas sus tareas, notoria su inteligencia y aplicación. Cualquiera gracia que se le haga estará muy bien empleada”. Ruego, además, al ministro que incline el ánimo del rey para nombrarlo cronista y que se le pida el virrey facilite la labor de Alzate.

El rey se dio por enterado del dictamen y decretó que se pidiera informe a la Academia de la Historia. Ahí se estropeó la cosa, porque como ustedes

bien saben, Muñoz, que gozaba del favor del monarca, había sido impuesto como académico y tenía un nombramiento de cronista que *ex officio* correspondía a la Academia, por lo que ésta se encontraba muy a disgusto con el real protegido. Campomanes recibió el expediente y lo trasladó a los académicos duque de Almodóvar, Vargas y Alcedo. El 29 de abril de 1791 contestó la Academia con una serie de considerandos desfavorables a la petición de Alzate, pero, en el fondo, contra Muñoz. La Academia, faltando a la verdad, dice que “no tiene suficientes noticias de las prendas literarias de don José Antonio de Alzate”, siendo que por entonces eran miembros Gómez Ortega, que pocos años atrás lo había nombrado correspondiente del Jardín Botánico; Tomás López, que había usado y abusado de los mapas de Alzate y otros que lo conocían bien. Pero así son las cosas y el rey se conformó con este dictamen.

En fin, volvamos un poco atrás. En noviembre de 1790 Alzate se aproximó nuevamente a Revillagigedo para proponerle un modelo de carro para la limpia de basuras. Como de costumbre, el virrey agradeció el celo del patriota. Por una denuncia que hizo Alzate en su *Gaceta* de 30 de mayo de 1791, sabemos que el virrey pasó el expediente al maestro mayor José Damián Ortiz y que éste plagió la idea. En su amargura, decía Alzate: “siempre viviré agradecido al señor Ortiz por haber puesto en práctica mi pensamiento”. Otra vez, en enero de 1791, envió Alzate al virrey unas propuestas sobre la limpia de la ciudad, que el funcionario agradeció alentándolo a manifestarle todo lo que quisiera. Nuevamente el virrey echó mano de Alzate para solicitarle unas noticias para la expedición de Malaspina y nuevamente el presbítero sirvió a Revillagigedo con prontitud.

Hasta aquí la relación entre ambos parecía buena. El pleito provino de la soberbia, tanto del presbítero como del virrey. En cuanto a este último sólo cierta historiografía lo presentó como un ejemplo de funcionario, pero su autoritarismo, arrogancia, mala conducta e insolencia constan de muchos documentos de la época y de alguna reprimenda real. En informe muy reservado del arzobispo Haro de 1792 decía a Floridablanca sobre el virrey: “Yo no sé cómo no lo conocieron en Madrid antes de darle el virreinato, pues salta a la vista que es afeminado en su compostura, en la cual gasta casi toda la mañana, soberbio, ligero e inconstante”. También informa que tenía “raptos de loco”, que mandaba “despóticamente” y, entre otras muchas más cosas que “no puede sufrir que se le contradiga ni se ponga reparo alguno a sus ideas”. La soberbia de Alzate fue al mismo tiempo la del intelectual consciente de su mérito y servicios, la del orgulloso criollo, la del eclesiástico inmune y la de aquél que ha sido herido en su amor propio.

El origen de todo fue la publicación del censo de la ciudad de México mandado hacer por el virrey. En él se atribuía a la ciudad una población de 112.000 almas. Alzate había calculado poco atrás en su *Gaceta* unas 213.000 y como si la rebaja de cien mil habitantes fuera un insulto personal, tomó la pluma "trémulo" y escribió una larga carta al virrey para objetar y ridiculizar línea por línea el censo. La respuesta del virrey fue fulminante:

Si cuando extendió V.M. sus reflexiones contra el padrón de la población de esta capital se hubiera detenido en considerar que escribía sobre una obra hecha por orden del gobierno y publicada en su nombre, y si hubiese V.M. pensado que era yo a quien dirigía su carta, habría usado un estilo muy diferente de aquél que en ella se advierte y que sería muy impropio de un sujeto de instrucción y de crianza aun cuando escribiese a un igual suyo y en un asunto en que ninguna parte tuviese la autoridad pública

Le añade que le envía los papeles con que se hizo el anterior para que le hiciera uno más correcto que el cálculo que publicó Alzate en la *Gaceta* y le rechaza los doscientos mil habitantes con el argumento de que Madrid tendría apenas ciento cincuenta mil. Atribuye el error de Alzate a "no haber visto otra parte del mundo".

Aquí nuestro personaje ya estaba metido hasta el pescuezo en un problema. Podía, como es obvio, disculparse humildemente y dejar el asunto por la paz. Sin embargo, cedió a la tentación de *demostrarle* al virrey que de su lado militaba la verdad. Cayó, pues, en la soberbia del intelectual frente al ignorante poderoso.

No quiero referirles carta por carta lo que pasó entre ambos. Sépase solamente que Alzate recogió el reto, se jactó de que "el padrón no me ha de constar mucha dificultad" y un mes después (mayo de 1791) entregó al virrey un extenso y algo triunfalista informe en tres partes, la tercera para hacer "ver que el número de habitantes de esta capital pasa de 200.000". Revillagigedo ni era matemático ni tenía tiempo para ocuparse del asunto, por lo que remitió el escrito de Alzate a alguien y guardó silencio hasta diciembre del mismo año de 1791. Mientras tanto, Alzate no estuvo ocioso. Quizá creyó que había ganado la partida, y por lo pronto siguió denunciando todo aquello que le molestaba: en junio, que el asentista de la limpieza vertía la basura en las acequias; en julio, un escrito contra los tratantes de tocinería y contra los maestros mayores de obras que usaban lajas para el empedrado. En este último caso, el virrey le contestó negando los fundamentos de la denuncia.

Con motivo de la construcción de faroles públicos que mandó instalar el

virrey, Alzate le escribió en julio para proponerle un nuevo farol. Revillagigedo contestó, con insolencia, que le propusiera también de dónde sacar fondos para sustituirlos. Son de septiembre dos escritos reservados de Alzate contra la obra de cegar las acequias. En uno se queja amargamente de los maestros mayores y del ingeniero Constanzó “tres asesinos del terreno de México” y del “pobre mentecato” del intendente Bonavía. En él exclama: “¡pobre de mí que no puedo remediarlo aunque me desvelo ínterin duermen los perniciosos!”.

Yo tengo la impresión de que Revillagigedo se rodeó de ciertas gentes enemigas de Alzate para fastidiarlo, porque no puedo creer que tuviera tanto tiempo que perder con el presbítero. En diciembre de 1791 le envió una nota para reconvenirlo porque en su folleto sobre Xochicalco reveló la identidad del duque de Almodóvar, disfrazado en su traducción de Raynal con el anagrama *Eduardo Malo de Luque*, lo que según el virrey tenía “visos de un insulto”, sobre todo por no darle los distintivos de su clase. En otra carta refuta los cálculos de Alzate sobre la población de la ciudad y le pide explique unos párrafos publicados en la *Gaceta de literatura* para su gobierno y “para tomar las disposiciones que sean convenientes”. Pese a las veladas amenazas, Alzate, ya incurso en la soberbia, no se amilanó. Contestó con una preciosa carta en que dice que reveló el anagrama porque era obvio, que no le dio el tratamiento al duque porque no era costumbre de escritores y le espeta al virrey esta frase por lo tocante a la censura de obras ajenas:

para no ser prolijo, diré en dos palabras que los literatos, por una mutua convención, se han imaginado miembros de una República en donde sólo gobierna la razón y en donde todos los individuos sólo se consideran por la parte que tienen literatos.

Revillagigedo —o quienes estuvieran atrás de él— contestó con una débil refutación a los argumentos de Alzate, por lo que éste se dio el lujo de explicarle que una cosa son los fenómenos naturales y otra los convencionalismos sociales, “supuesto que la costumbre y no la razón es la que rige en estas materias”. Por lo demás vuelve a sus argumentos —para mí definitivos— sobre la población de la ciudad. La correspondencia se prolongó los primeros meses de 1792. Revillagigedo propuso a Alzate que empadronara un cuartel y éste repuso que se debía volver a censar toda la ciudad porque el trabajo parcial no serviría de nada. En mayo escribió al virrey lo que resume la cuestión:

Vuestra excelencia resuelve que el número de habitantes de México no sobrepasa el de 113.000 o cuando más a 120.000. Si la superior perspicacia de vuestra excelencia lo juzga así, quedaré vencido, porque el vasallo debe callar al oír una superior determinación; no me reputaré

convencido, porque mi tal cual entendimiento sólo se sujeta ciego a la religión; pero en asuntos de ciencias naturales los hechos bien averiguados, la experiencia y el estudio solamente le satisfacen.

Estamos cerca del fin. En el mes de julio, Revillagigedo pasó a burlarse de Alzate. Fingió el extravío de una respuesta de su corresponsal y lo obligó a presentarse al palacio a dar excusas. A la carta en que Alzate le remitía una copia de la misiva perdida, manifestando su consternación, contestó con sarcasmos como el de que “ni lo uno ni lo otro debieran consternar un ánimo filosófico” y otros por el estilo. En suma, se manifestaba hartado ya de nuestro Alzate y le decía, más o menos claramente, que o hacía el nuevo censo de la ciudad o se callaba de una buena vez y admitía el que se había publicado por el gobierno. Para nuestra fortuna, conservamos las apostillas de Alzate a esta arrogante carta, que puso fin a la polémica. En una dice: “¡qué gramática, qué suficiencia! Ya nos veremos. ¿Cuándo? No lo sé”.

Tres años guardó Alzate su rencor. En 1795 se dejó llevar por la soberbia de tratar de cobrar venganza. Por lo pronto, se presentó con una denuncia en la residencia de Revillagigedo. Aparte de sus agravios personales, acusaba Alzate al funcionario de haber mandado quitar una estatua de Fernando VI. Branciforte, nuevo virrey, no dio curso a la denuncia, que calificó de “criminal y odiosa”. Hasta ahí la cosa no hubiera pasado a mayores, porque las denuncias eran secretas. Lo malo fue que en el entusiasmo por la ausencia del virrey que tanto lo mortificó, escribió Alzate en la *Gaceta* del 2 de mayo de 1795 algunas frases obviamente enderezadas contra Revillagigedo y sus protegidos, como una que dice: “se desvanecieron ciertos hados que tanto patronizaron a la novedad”. El apoderado de Revillagigedo pidió copia de la denuncia y que se mandase recoger ese número de la *Gaceta*. Los asesores del juicio, criollos todos, se negaron a violar el secreto, pero Branciforte pidió a Alzate que explicara el sentido del párrafo publicado.

Confiado, tal vez, en la inquina que el nuevo virrey tenía a su antecesor, Alzate cometió el error de hacer un extenso escrito contra Revillagigedo, “para hacer ver a los alucinados y al mundo entero que mi pluma no es venal, no es lisonjera y mucho menos maledicente”. Corría el mes de septiembre. Un mes después aparecía el último número de su *Gaceta de literatura de México*, suspendida por orden superior, en condiciones que no conozco, pero que, sin duda, van ligadas, a más del problema con Revillagigedo, con la violenta marcha atrás del Estado español ante el pensamiento ilustrado, con motivo de la Revolución Francesa. La *Gaceta* había durado ocho años y Alzate se encontraba en ánimo y con proporción de continuarla, según los avisos que insertó para la nueva suscripción. Branciforte ni intentó ni podía, como

funcionario que era del Estado, proteger a Alzate. Éste había perdido la partida y tendría que sufrir el castigo.

Algún barrunto o premonición tuvo Alzate del fin de sus *Gacetas*, porque en el último párrafo del último número dejó esta frase:

Algunos indiscretos piensan que las noticias que presentan las gacetas son efímeras; no es así, reviven a cierto tiempo y son el verdadero archivo de que se valen los que intentan escribir la historia de un país.

En los tres años y medio que sobrevivió a este fracaso, Alzate dejó de colaborar en la *Gaceta* de Valdés y se limitó a seguir cumplimiento con su trabajo en el arzobispado. Sin embargo, si he logrado hacer ver a mis cansados escuchas cuál era la índole del personaje, me creerán que el león, aunque herido y viejo, no pierde sus garras. Existen varios escritos al virrey Branciforte: una denuncia violentísima contra dos regidores deshonestos; una propuesta de remedio contra el vómito prieto que se padecía en Veracruz; dos denuncias contra las arbitrariedades de la leva; otra por exacciones indebidas a los trajineros.

De cualquier manera, éste era el fin. Aunque en el elogio de su amigo, Manuel Antonio Valdés dice prudentemente ignorar las razones de la suspensión de la *Gaceta*, en este hecho encuentra el motivo de la muerte de Alzate:

Pero como de esta loable ocupación le resultaban las mayores satisfacciones, apenas se vio reducido a un método de vida tan contrario a su genio laborioso, comenzó a decaer de sí mismo, a condenarse a retiro más perpetuo y a abandonarse a la melancolía. Contrájole la falta de ejercicio una hidropesía sofocativa que procuró curarse con todos los auxilios de la medicina; pero burlándose de ellos, lo condujo por fin al sepulcro....

Así, ante la total indiferencia del Estado borbón, que tanto procuró servir, más inquieto en aquel tiempo por las repetidas denuncias de conspiraciones, murió José Antonio de Alzate el 2 de febrero de 1799, cuando gobernaba descuidadamente la Nueva España el futuro afrancesado Miguel José de Azanza y regía caprichosamente el imperio español un amante de la mujer de Carlos IV.

* * *

Ni siquiera en nuestro país una vida entregada tan apasionadamente al servicio de los demás pudo pasar en la indiferencia. Desde muy poco después de su muerte empezó Alzate a recibir el reconocimiento que sobradamente merecía. A lo largo de más de ciento cincuenta años se ha ido conformando

su imagen, que incluso ha llegado a nosotros algo acartonada y poco simpática, porque lo que yo les he venido relatando ha permanecido ignorado.

Para mí todo esto nada más prueba que el intelectual deja de ser peligroso sólo a su muerte. Fúnebre condición que lo convierte en digno de homenajes y recordaciones. Cambió el Estado borbón a Estado mexicano, pero el reconocimiento de nuestro país a la obra de Alzate fue, como no podía ser menos, de lo más aséptico. Todos los premios *post mortem*, todas las remembranzas, todas las imposiciones de su nombre a calles, pueblos, presas, sociedades, insectos, barcos y demás, tal como todas las biografías monográficas, ensayísticas o documentales, se han limitado al Alzate "científico". Ocultamiento, consciente o no, de su verdadero mérito, que, pienso, es el de mostrar que el ineludible papel del intelectual desde la creación del Estado moderno —y en México parece ser el Estado colonial borbón— es el de trabajar con tanto amor y con cuanta energía sea necesaria en servicio del "bien común", esto es, de la sociedad a la que se pertenece, con el Estado, sin el Estado o contra el Estado. No es otro, me atrevo a creer, el sentido universal de la vida entera de Alzate; aunque con frase de mi héroe pueda admitir que sean éstas vagas ideas de un cerebro preocupado.

De su valor, juzgado en el tiempo que le tocó, sólo puedo decir que don José Antonio de Alzate y Ramírez Cantillana es en el renovado bosque de nuestro siglo ilustrado, el más robusto de los árboles, el más descollante y el más frondoso. A formarle un claro para mejor verlo, a su cultivo amoroso bajo su ancha sombra, ha dedicado doce años de su existencia quien hoy, con rendida gratitud, recibe humilde la venera de esta Academia Mexicana de la Historia.